

Nº de archivo: 11

**PREFACIO
A LA
TRANSCRIPCIÓN Y TRADUCCIÓN
ANOTADA
DE ALGUNAS OBRAS
DE SAN EFRÉN DE NISIBE**

*A la memoria de don Luigi Giussani,
Fundador de Comunión y Liberación,
y a la Iglesia de Granada, esposa de Cristo,
cuyo cuidado el Señor me ha querido confiar,
y a la que quiero con toda mi alma,
con el mismo amor que me vincula a mi Señor.*

PREFACIO

Es un gozo poder ofrecer a los lectores de lengua española algunas obras de un gran maestro de la fe, reconocido en 1920 por Benedicto XV como Doctor de la Iglesia, y uno de los mejores poetas y teólogos cristianos de todos los tiempos, San Efrén de Nisibe¹. Las obras de San Efrén son, en efecto, verdaderas perlas de la literatura cristiana antigua. Y eso basta para justificar, primero, que estén disponibles en la web, y en segundo lugar, que con algunas de ellas inicien en cierto modo su andadura las publicaciones del *International Institute for the Study of the Christian Orient* (ICSCO), de la Archidiócesis de Granada, en la editorial *Nuevo Inicio*. Si Dios quiere, junto con las Obras de San Efrén, el Instituto y la editorial *Nuevo Inicio* publicarán una colección llamada *Maestros Cristianos de Oriente*, con la que quisiéramos acercar a los lectores de lengua española algunos de los inmensos tesoros de la tradición cristiana oriental, tan cercanos a nosotros en más de un sentido, y a la vez tan desconocidos.

Mi trabajo no tiene la menor pretensión de originalidad. En cuanto al texto siríaco, no he hecho más que transcribir el texto crítico editado por E. Beck. La transcripción puede ayudar a la lectura directa de los himnos a personas que han hecho algún estudio de siríaco, de otros dialectos arameos, o incluso de hebreo, pero que no se atreverían directamente con el texto sin vocalizar de San Efrén. Tratándose de piezas poéticas, también se le da así al lector la posibilidad de percibir “algo” (sólo algo), de la belleza literaria y musical de estos himnos, belleza que se pierde irremisiblemente al traducirlos. Por último, la transcripción permite siempre al estudioso hacerse

1. A mi conocimiento, las únicas obras de San Efrén traducidas al español son las llamadas “endechas”, cf. A. Sebastian Ruiz, *San Efrén, diacono de Edesa. Endechas* (Colección Excelsa, 5), Madrid, 1943. Esta obra traduce cincuenta de las ochenta y cinco *Necrosima* o “Cánones fúnebres”, publicados en la edición romana de Petrus Benedictus y S. E. Assemanus (*Opera syriaca*, vol. III), Roma, 1743, 225-359, que no ofrecen garantías de ser una obra auténtica (los manuscritos siríacos más antiguos son del siglo IX). En cuanto a la traducción del *Comentario al Génesis*, de A. Peral Torres, editada en policopia por el C.S.I.C. (Textos y Estudios “Cardenal Cisneros” 19), Madrid, 1978, es apenas un ejercicio escolar, carece de introducción y de notas, y la obra no puede considerarse verdaderamente publicada. La traducción al español de unos pocos himnos sueltos de San Efrén realizada por el presente autor está reseñada en la Bibliografía.

una idea de cómo he comprendido un determinado pasaje, y de juzgar la fidelidad de la traducción. A pesar de lo discutible que es siempre toda transcripción, y de las obvias objeciones que se pueden poner a los criterios y al rigor con que se ha realizado ésta, una vez hecho el trabajo, me ha parecido que era útil exponerlo al público, con plena conciencia de sus limitaciones y de sus indudables errores, que cualquier lector benévolo puede ayudar a corregir gracias a los medios que hoy hacen posible una colaboración y un trabajo en equipo a través de la web. Para ese trabajo, al que está invitado cualquier amante de la obra de San Efrén, puede usarse el correo electrónico siguiente: sanefrendenisibe@gmail.com

En cuanto a la versión española y a las notas, también aquí soy deudor por entero de quienes me han precedido en el estudio de la obra de San Efrén, y sobre todo del propio Beck. Si ocasionalmente me atrevo a discrepar del sabio benedictino, es siempre con un temor grande. Las notas, aparte de señalar las citas o alusiones bíblicas o los paralelos en otras obras de San Efrén, pretenden ayudar en la lectura del texto, sobre todo en lugares difíciles, y llaman la atención sobre algunos aspectos del pensamiento de San Efrén. Muchas notas no contienen sino las referencias mismas que ya había dado Beck, y otras no son sino adaptaciones o explicaciones más detalladas de las notas de Beck.

Saco a la luz estos trabajos como están, unos más cuidados, otros menos. Unos anotados como para una publicación científica, que en algunos casos, si Dios quiere, seguirá también a esta forma de publicación en la web, otros sólo con una traducción provisional. El conjunto es, en su estado actual, el fruto de los tiempos libres de más de veinticinco años dedicados al estudio y a la lectura de las obras este gran Padre de la Iglesia de lengua siríaca, entre 1980 y el 2003. Al colgar en la web algunas transcripciones y traducciones de sus obras, tal como están en el taller, a medio hacer, y consciente también de que en algunos casos faltan referencias bibliográficas, o de que las que se dan no son las más recientes, sólo quiero compartir un trabajo con el que he gozado extraordinariamente, y ponerlo a disposición de los estudiosos, no tanto de literatura siríaca como de teología o de patrología, y de cualquier persona a quien este trabajo pudiera interesarle. La finalidad es muy sencilla: que las obras de San Efrén puedan hacer a otros algo del bien que a mí me han hecho.

Las tareas en que Nuestro Señor ha querido que me ocupara en los últimos veintitrés años me han impedido, por supuesto, frecuentar los centros de estudio y las bibliotecas especializadas. No ha de extrañar, por tanto, que falten referencias a estudios recientes que no he podido conocer, o que algunas de las que doy sean de segunda mano. El escasísimo tiempo de que he dispuesto, sobre todo en vacaciones de verano, lo he empleado en transcribir y traducir el texto de San Efrén, y he de decir que lo he hecho, sobre todo, por interés personal. La alegría de encontrar, en un autor tan alejado culturalmente de nosotros, el mismo amor a Cristo que es toda la razón de mi vida, ha ido generando una verdadera "amistad" que ha crecido con el trato y el tiempo, lo mismo que el deseo de darlo a conocer a otros. El Misterio que se revela en la creación y la redención es percibido y expresado por San Efrén con una frescura y una vivacidad tales, también en el orden intelectual, que contrastan fuertemente con la aridez esteparia de mucha de la producción teológica y pastoral contemporánea. El deseo de compartir esta alegría con la Iglesia, esto es, con mi familia, es el principal motivo que me mueve a difundir el conocimiento de sus obras.

La Introducción General que sigue a este prefacio quisiera contribuir a despertar entre nosotros el interés por la tradición cristiana en lengua siríaca, e introducir al estudio de las obras del Santo Doctor de Nisibe. También la introducción debe más de lo permisible en un trabajo científico a estudiosos como R. Murray y S. P. Brock, así como a mi maestro Sidney H. Griffith. Especialmente he de citar la introducción a una traducción inglesa de algunas colecciones de himnos de San Efrén por obra de Kathleen E. McVey, a quien debo el haberme introducido por primera vez en la literatura siríaca, en su traducción de los *Himnos De Nativitate, Contra Julianum y De Virginitate* publicada por Paulist Press en 1989, en la serie "The Classics of Western Spirituality". Igualmente debo citar el trabajo de mi compañero y amigo Edward G. Mathews en el primer volumen de su traducción de las obras en prosa de San Efrén, aparecida en 1994 en la serie "Fathers of the Church", publicada por la Universidad Católica de Washington.

Estoy convencido de que una de las necesidades más urgentes de la Iglesia y de la teología, y quizás especialmente en el ámbito de la Iglesia de lengua española, es precisamente el recuperar el sentido verdadero de la gran

Tradición Católica. Un sentido que hemos perdido en buena medida los católicos españoles (por supuesto, no sólo los españoles, aunque aquí el fenómeno tiene rasgos peculiares que dan lugar a una dificultad mayor en el redescubrimiento de la Tradición). Las causas de este hecho son complejas, y no es del caso exponerlas aquí, pero en el panorama español subrayo especialmente dos: la primera, que el hecho de ser católico ha sido para nosotros durante siglos algo casi tan natural como la lengua materna, y eso, que es de suyo un gran bien, se convierte en un mal, o al menos en un riesgo temible, cuando no es un bien consciente y libremente asumido, o cuando se desconoce la naturaleza precisa del bien que se posee. Una tradición inconsciente de sí no es capaz de sostener la vida, ni puede proponerse seriamente a los hombres. Se vuelve por ello fácilmente cuestionable y manipulable: está en vías de perderse. La falta de aprecio por una razón capaz de sorprenderse ante el Misterio que da consistencia a la realidad, la asunción inconsciente o semi-inconsciente de no pocas categorías determinantes de la modernidad, sin percibir apenas su incompatibilidad con la tradición cristiana, y el sentimentalismo moralista y voluntarista de mucho de nuestro catolicismo de hoy, no hacen sino agravar esta situación. El hecho de que se afirme “muy sentidamente” —o que se ataque con la misma vehemencia— un catolicismo que se desconoce, hace más difícil una verdadera búsqueda de la tradición, precisamente porque no se nadie cree desconocerla, porque todo el mundo, lo mismo defensores que atacantes, parecen dar por supuesto, y no siempre con razón, que saben en qué consiste el cristianismo y qué significa ser cristiano. Curiosamente, esta convicción sirve de vacuna y de freno para poder descubrirlo con alguna frescura y sencillez.

En segundo lugar, y por razones históricas también comprensibles, la memoria de la Iglesia Católica en España comienza en cierto modo con la modernidad. Las referencias espontáneas de la fe del pueblo y de los pastores están en los grandes santos españoles de nuestro siglo de oro: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, o San Juan de Avila (que tenían por mil caminos más acceso a la gran tradición de la Iglesia, incluso a la del cristianismo oriental, que el que hoy tenemos nosotros). Y todo lo que precede a la Reforma Católica es como si perteneciera a la prehistoria: una curiosidad de especialistas. La historia de la evangelización de los primeros siglos, los mártires, y las obras de los Padres de la Iglesia, nos son

prácticamente desconocidos. Con alguna notable excepción, puede decirse que no desempeñan ningún papel significativo en la fe o en la memoria histórica del pueblo cristiano. No digamos nada del Oriente cristiano, con el que tuvimos una rica y fecunda relación mientras el Mediterráneo fue una vía de comunicación: ese mundo casi pertenece hoy al campo de lo esotérico.

Sí, el catolicismo español es específicamente "moderno", por chocante que esta afirmación pueda parecer, y esto explica buena parte de sus grandezas y de sus miserias. Por supuesto, los grandes santos que acabo de mencionar siguen siendo hoy maestros de la fe y de la vida cristiana. ¡Ojalá se comprendiese el alcance que tienen, y precisamente para la modernidad, el "Principio y Fundamento" o la "Contemplación para alcanzar amor" que enmarcan los *Ejercicios Espirituales* de S. Ignacio de Loyola! El significado de sus obras, sin embargo, queda en buena parte velado porque el lector accede a ellas con demasiados presupuestos de un catolicismo pasado, primero por Suárez y por los dualismos del barroco, y luego por la Ilustración racionalista y romántica. Es ese "catolicismo moderno" el que se disuelve a ojos vistas en la demolición ilustrada de la propia Ilustración. Por otra parte, el mundo en que vivían los grandes santos del siglo XVII daba por supuesta la fe cristiana (por más que la Reforma discutiese ya su significado, y se estuviesen poniendo las bases para la problemática que nacería después). Ahora bien, ese mundo ha desaparecido ya. Y precisamente por eso no es inútil para la fe descubrir facetas de la tradición cristiana que ellos no tenían necesidad de subrayar, o que no estaban en su horizonte cultural. Paradójicamente, este largo rodeo puede ser la condición necesaria para que podamos recuperar el amor a esa tradición y comprenderla con ojos nuevos.

Es en los momentos de profundos cambios culturales cuando más se pone de manifiesto el valor de la Tradición, tan necesaria para la fe cristiana como el oxígeno para respirar, porque el cristianismo es un acontecimiento histórico que afecta al hombre en el núcleo mismo de su existencia, y no una ideología. Me refiero, por supuesto, a la "Tradición" en sentido fuerte, aquella en la que se genera la vida profunda de la Iglesia, y cuya expresividad cultural es inagotable. Esa Tradición "entrega" al hombre a Jesucristo vivo, por quien y para quien todo ha sido creado, y en quien todo tiene su consistencia (cf. Col 1, 16-17). Él es el único "Redentor del hombre", y por ello, la única esperanza de una humanidad verdadera para el mundo. A diferencia

de esta Tradición, muchas llamadas "tradiciones" con frecuencia no son sino las formas fósiles o deformadas de la fe cristiana de un tiempo (o de la cultura nacida de esa fe), y por eso a la larga no sostienen la existencia, es decir, no ayudan al hombre a afrontar la realidad. Jesucristo, en cambio, que vive y obra en la Iglesia, en su palabra y en los sacramentos, en el ministerio apostólico y en la comunión de los santos, transforma la vida mediante su Espíritu Santo con una vitalidad siempre fresca y nueva, y no deja de suscitar en la Iglesia personas que fascinan por la verdad y la belleza de su humanidad.

Por eso, la gracia fundamental mientras vamos de camino es siempre encontrar testigos verdaderos, sugerentes, de la Tradición. Por la misericordia de Dios, son muchos los que he encontrado en la Iglesia a lo largo de mi vida, en los ambientes más diversos. Por todos ellos estoy inmensamente agradecido al Señor, aunque la vida entera sería demasiado corta, y la boca, como diría San Efrén, demasiado pequeña, para darle gracias por este bien. Este trabajo está dedicado a Mons. Luigi Giussani, fundador del Movimiento "Comunión y Liberación", porque Dios ha querido que esta experiencia eclesial, inesperadamente encontrada en Frankfurt en un lejano 1978 por medio de un novicio jesuita, Hans Langendörfer, hoy Secretario de la Conferencia Episcopal Alemana, fuese desde entonces la modalidad humana de la historia de gracia que Dios ha hecho conmigo. Don Guissani y muchas de las personas que él ha educado han sido para mí precisamente eso: testigos y maestros de la novedad permanente de Cristo, de la tradición viva de la Iglesia.

Toda experiencia verdadera de la fe cristiana despierta el interés y el afecto por los testigos de Cristo en la historia. Es decir, por quienes, en cualquier cultura y en cualquier época, han testimoniado con su vida y con su palabra que Cristo es la verdad del hombre y de la creación. A su vez, el contacto con esos testigos fortalece la fe y la pertenencia a la Iglesia, hace crecer la gratitud por ambas, y genera el sentido de la misión. Porque en esos testigos se halla, expresada de mil modos diferentes, la misma experiencia grande de la realidad que a nosotros nos ha sido dado vivir. Es muy posible que los himnos de San Efrén, como las obras de S. Ireneo y de S. Justino, o las de S. Gregorio de Nisa, S. Agustín o S. Máximo el Confesor, nos resulten más contemporáneos, a pesar de toda su extrañeza cultural, que muchos escritos

de “teología”, de “pastoral”, o de “espiritualidad” de hace cien o cuarenta años, o de hoy. Y es que el encuentro con expresiones auténticas de la fe que no están condicionadas por nuestro horizonte cultural inmediato, facilita una conciencia más clara del don inmenso que nos ha sido dado —Cristo, el Verbo de Dios encarnado—, y del significado de ese don para la vida. Lo que más necesita siempre la Iglesia es precisamente eso, tomar conciencia de ese don, que hace de ella el “cuerpo” de Cristo en la historia, y tomar conciencia del tesoro de humanidad del que es portadora gracias a él.

Sin duda éste era el sentido en el que H. de Lubac, en una nota que acompaña a la publicación italiana de sus *Opera Omnia*, escribía: “Mi esfuerzo, incluso cuando he tenido que participar en las luchas de nuestro tiempo, ha consistido fundamentalmente en hacer conocer mejor, y por tanto, valorar mejor y amar más, los tesoros de la gran tradición católica —yo diría con gusto que de algunos de sus grandes lugares comunes—, demasiado mal comprendida por muchos, demasiado poco conocida incluso por aquellos que quisieran sinceramente conservarla y defenderla”². Y probablemente ésa misma es la razón, o al menos una de las razones, por las que Juan Pablo II exhortaba a la Iglesia, en el umbral del tercer milenio cristiano, a volver a respirar “con sus dos pulmones, el de Oriente y el de Occidente”³. A ese “respirar” de la Iglesia es a lo que quiere contribuir este trabajo que hoy se “cuelga” en la web, así como también la futura colección *Maestros cristianos de Oriente*. La obra de San Efrén es, por otra parte —y eso le da también un cierto interés añadido para las circunstancias de hoy—, una preciosa expresión de la fe cristiana en una forma genuinamente asiática, y al mismo tiempo perfectamente católica, cuyo magisterio la Iglesia ha reconocido como de valor universal.

La recuperación de la gran Tradición Católica era ya también la intención profunda del Concilio Vaticano II. En realidad, todo lo que hay de grande y vivo en el renacer de la teología católica que precedió al Concilio —desde J. H. Newman y el Movimiento de Oxford en Inglaterra, J. A. Möhler en Alemania, y J.-P. Migne en Francia, hasta O. Casel, R. Guardini, J. Daniélou, L. Bouyer, H. de Lubac y H. Urs von Balthasar—, está estrechamente vinculado al redescubrimiento de los Padres de la Iglesia, sin

² H. de Lubac, “Nota dell'autore e sua presentazione del piano dell'opera”, cf. *La posterità spirituale di Giocchino da Fiore, I. Dagli Spirituali a Schelling*, Milano, 1980, 10.

³ Cf. , por ejemplo, Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris mater*, n. 34.

el cual tampoco el magisterio del Concilio hubiera sido el que es. Y no pocos de los problemas vividos en la Iglesia durante el post-concilio se deben sin duda a una interpretación empobrecida del magisterio del Concilio, en gran parte porque estaba completamente desconectada del redescubrimiento de la Tradición que lo había hecho posible.

Si Hans Urs von Balthasar hubiera podido conocer la edición de Beck de las obras de San Efrén al tiempo de la redacción de su *Herrlichkeit*, es seguro que le habría dedicado un capítulo en el volumen II, dedicado los estilos teológicos ("Fächer der Stile"). Pocos autores cristianos, antiguos o modernos, han sido tan conscientes como San Efrén de la relación entre verdad, bien y belleza en la creación y en la redención, así como de sus implicaciones para la posición humana ante la realidad. Pocos han afirmado con tanta fuerza cómo la creación está destinada a Cristo, y cómo toda ella es signo de Cristo. A pesar de las invectivas de San Efrén contra la filosofía griega (cf. *Himnos De Fide*, II, 24), que hay que entender como un rechazo a que la "sabiduría" griega se convierta en criterio de la fe, pocos han sido tan conscientes de la unidad entre la verdad que pone de manifiesto la creación y la que revela la Escritura (cf., por ejemplo, *Himnos De Paradiso*, V, 2), "mostrando que el Dios creador es también el Dios de la historia de la salvación"⁴. Algún día, una nueva generación de teólogos podrá hacer ese estudio que Balthasar no pudo hacer, o al menos enriquecer su reflexión con la de un gran maestro de la fe católica.

Mi tarea se limita a dar a conocer la obra de San Efrén y a facilitar, en la medida de mis fuerzas, la comprensión de un texto que no siempre es obvio en una primera lectura. Ni siquiera he pretendido, salvo ocasionalmente y siempre por razones perentoriamente prácticas, situar su pensamiento en el marco de la tradición cristiana de lengua siríaca, y menos aún ponerlo en relación con otras grandes corrientes de la literatura patristica. No soy capaz de hacerlo, y además, quizás fuese aún prematuro. Primero hay que tratar de comprender a San Efrén en sus propios términos, como bien sabía Beck. Y desde ahí puede ser muy fecundo relacionarlo con otros Padres de la Iglesia, sobre todo con los de la llamada "tradición asiática". También en este ámbito, otros habrán de llevar a cabo esa tarea. Hay trabajo para varias generaciones.

⁴. Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio*, n.34.

Son muchas las personas a las que tengo que dar gracias al comenzar a publicar la traducción de algunas obras de San Efrén. Uno está, literalmente, hecho de sus relaciones, y son tantas las personas de las que he aprendido, o que me han ayudado en la vida, y que han hecho posible mi dedicación a esta tarea, que es decididamente imposible mencionarlas a todas. Quiero dar las gracias, en primer lugar, a mis padres y a mi hermana, que han sacrificado la mayoría del tiempo que hubiéramos podido tener para estar juntos con el fin de que pudiera entregarme a este tipo de trabajo. A Mariano Herranz Marco, profesor del Seminario de Madrid, que supo despertar en mí, como en otros alumnos suyos, el amor al estudio de la Escritura y de la Tradición cristiana. También nos ayudó decisivamente, con su compañía y su magisterio incansable, a adquirir las disciplinas intelectuales necesarias para esa labor. A quien puedo considerar como un “padre” en tantos sentidos, a D. Francisco José Pérez Golfín, director espiritual del Seminario de Madrid en años decisivos para nuestra educación, y luego párroco de San Jorge, mártir de Córdoba, Obispo Auxiliar de Madrid y primer Obispo de Getafe, a quien debo el testimonio de un amor a Jesucristo y a la Iglesia, y de cómo ese amor no censuraba nada que fuera verdadero y bueno en nuestra humanidad, que nunca en esta vida podré agradecer bastante; y a mis amigos Javier Calavia, Julian Carrón, José Miguel García, Braulio Rodríguez, Cesar Franco, Jacinto González, José Aurelio Martín, y Rafael Zornoza, así como a Javier Prades y Juan Miguel Prim, con quienes he aprendido a amar la verdad por encima de todas las cosas, y a buscarla juntos hasta donde fuera posible y el Señor nos lo permitiera, y desde luego, a no querer nunca buscarla o encontrarla en solitario. Y no sólo eso, sino que he podido practicar con ellos (¡tantas veces y para tantas cosas!), sin que siquiera formase parte de un programa preestablecido, el ejercicio siempre saludable de buscarla una y otra vez, de no quedarse nunca satisfechos con respuestas prefabricadas, de discutir apasionadamente y con una libertad verdaderamente gloriosa toda posición que no diera sosiego a la razón, y de no callar nunca, por un falso sentido de la amistad o del afecto, los defectos o desviaciones que descubríamos en nuestro modo de usarla.

Este trabajo en particular tiene una deuda especial con Kathleen E. McVey, mi primera profesora de siríaco, que hace ya treinta años nos llevó a un grupo de jóvenes estudiantes de *L'École Biblique* de Jerusalén a una

celebración litúrgica en el monasterio sirio occidental de San Marcos, donde por primera vez oí cantar textos de San Efrén. Y sobre todo a Sidney H. Griffith, profesor de siríaco de la Universidad Católica de Washington, y a todo el grupo de discípulos y amigos que, bajo su dirección, leíamos juntos a San Efrén en los comienzos de los años ochenta: Robin Darling, Monica Blanchard, Edward G. Mathews y Joseph P. Amar. Estudiar juntos fue una experiencia extraordinaria. Y por ello, el afecto entre nosotros no ha perdido nada, ni con la distancia geográfica ni con el paso del tiempo.

Mi gratitud no es menor a las personas que, de un modo u otro, me han ayudado durante estos años de ministerio episcopal en la preparación de estos textos: a los profesores y al personal de biblioteca del Instituto Diocesano de Filología Clásica y Oriental "San Justino", de Madrid; a Alfonso Simón, y a Begoña Emperador, mis amigos, que tanto me ayudaron en los comienzos de estos trabajos; a Marina Lindon, Nieves Salazar, y Maribel Cuesta, de mi secretaría en la archidiócesis de Madrid, con quienes tengo una deuda que no se puede pagar en este mundo; y sobre todo, a Dora Rivas, que tuvo la paciencia de mecanografiar una buena parte de mis manuscritos, y revisarlos y corregirlos con una gran meticulosidad. Elena Chiappara, Donatella Mansi, Enza Loforte, Cristina Moreno y Javier Perea, me han ayudado de diversos modos durante los años de Córdoba. Igualmente Javier Calavia, que me ha acompañado y me ha sostenido fielmente durante todo este tiempo. Sin la ayuda extraordinariamente generosa de todas estas personas mi vida habría sido muy diferente, y mi trabajo no habría pasado nunca de ser unas notas informes en unos folios. Que el Señor les recompense a todos como sólo Él sabe hacerlo.

Por último, no quiero dejar de agradecer el estímulo constante que he recibido de mis colaboradores y amigos en la Editorial *Nuevo Inicio*, en el *International Center for the Study of the Christian Orient* (ICSCO), y en mi secretaría de la Archidiócesis de Granada: Pilar Fernández Palop, Artur Mrowzynsky, Sebastián Montiel, María Luisa Gómez Bardón, Marival Paniagua y María de los Ángeles Alosete Bermejo. Ignacio Carvajosa ha leído el *Sermo de Domino Nostro* y ha hecho muchas sugerencias valiosas sobre el texto de la Escritura usado en esta obra, así como sobre otros detalles de las notas. Armando Bernabeu me ha ayudado a actualizar para los ordenadores actuales unos tipos de letras que habían sido diseñadas hace más de veinte

años. Todos ellos me han ayudado de diversos modos, más seguramente de lo que ellos mismos son conscientes, a ultimar la preparación y finalmente a decidirme, a sacar a la luz estos trabajos, obra de muchos años a lo largo de mi vida —de hecho, apenas tocados en estos últimos cinco años—, tal y como están ahora mismo. Su aliento y su colaboración han sido indispensables para que hoy pueda ofrecer este tesoro a mi querida Diócesis de Granada, y en ella y por medio de ella, a la realidad más bella y amable que existe en la tierra: la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Javier Martínez
Granada, 14 de diciembre del año 2008.
Tercer domingo de Adviento